



Revista de Fomento Social, 56 (2001), 297-302

El territorio, reto de una Europa ampliada y renovada

– Carta abierta del Grupo de Brujas a los parlamentarios europeos¹ –

1 El Grupo de Brugge (Brujas) es un grupo de reflexión europea creado en 1995 por Edgard Pisani en dicha ciudad belga. Desde entonces, ha reunido a profesionales, profesores universitarios, antiguos dirigentes del sindicalismo agrario, técnicos de ONGs y miembros del movimiento ecologista, en un esfuerzo pluridisciplinar por reflexionar sobre la agricultura y el mundo rural europeos. Este texto se elaboró en la reunión del Grupo celebrada en Cracovia (Polonia) en octubre 2000, y se está publicando como carta abierta en distintos medios de comunicación europeos. Traducción castellana de Eduardo Moyano e Ildefonso Camacho.

Firman el Manifiesto: Fernando Oliveira Baptista (PORTUGAL), Ana Barbic (ESLOVENIA), Dacian Ciolos (RUMANÍA), Piotr Dabrowski (POLONIA), Göran Djurfeldt (SUECIA), Norbert Feltgen, (LUXEMBURGO), Dimitris Goussios (GRECIA), Pierre-Yves Guihéneuf (FRANCIA), Bertrand Hervieu (FRANCIA), Flemming Just (DINAMARCA), Monika Koubratova (BULGARIA), Arvydas Kuodys (LITUANIA), Cosimo Lacirignola (ITALIA), Zdenek Linhart (REPÚBLICA CHECA), Eduardo Moyano (ESPAÑA), Paul Nicholson (ESPAÑA), Hans Popp (SUIZA), Jean-François Sneessens (BÉLGICA), Franco Sotte (ITALIA), Marta Stauder (HUNGRÍA), Wulf Treiber (ALEMANIA), Arie Van Den Brand (PAÍSES BAJOS), Géza Varga (HUNGRÍA), Hilkka Vihinen (FINLANDIA), Valérie Villemin (RUMANÍA), Heino Von Meyer (ALEMANIA).

La integración de los países de la Europa central y oriental en la Unión Europea (UE) puede considerarse de diversas maneras. Una puede ser entendiendo la ampliación como una concesión a antiguos países del bloque comunista que solicitan ser admitidos en el seno de una de las regiones más prósperas del mundo. Desde este punto de vista, tiene sentido subrayar las diferencias entre las dos Europas y poner condiciones a la entrada de nuevos miembros exigiéndoles que se adapten a los grandes principios que regulan y mantienen la casa común europea. Ese modo de entender la ampliación europea no carece de fundamento, ya que la UE es el resultado de un paciente proceso de construcción política, jurídica e institucional, que está todavía amenazado de fuerzas centrífugas. Sería natural, por tanto, e incluso prudente, preservar sus fundamentos básicos y velar para que una ampliación insuficientemente controlada no la desequilibre.

Pero se puede percibir también la ampliación de la UE, entendiéndola como la reconciliación de dos Europas separadas durante más de medio siglo, que ahora desean aproximarse al comprender que están unidas por intereses comunes. Desde esta segunda perspectiva, que también tiene sólidos argumentos, el énfasis se pone en valorar no las diferencias, sino las complementariedades que existen entre los países miembros de la UE y los candidatos a la integración, y en definir nuevos criterios de funcionamiento para una Europa ampliada. Fue así como se abordó la adhesión de Grecia, Portugal y España, y también más recientemente las de Suecia, Austria y Finlandia. También este punto de vista tiene sólidos fundamentos en que apoyarse. Si se considera el peso político, social y demográfico del conjunto de los países actualmente candidatos, se comprende que estamos, más que ante una ampliación, ante la construcción de una nueva unidad europea.

Las instituciones europeas oscilan por lo general entre estas posiciones. Pero mientras que esta segunda posición inspira el discurso oficial de la UE, la primera es la que realmente guía lo esencial de los procedimientos de aproximación y de los mecanismos de adhesión.

La ampliación debe basarse en un proyecto compartido

No puede haber un proyecto europeo sin la “voluntad de vivir juntos” de la que hablaba con convicción Hanna Arendt. Situados en la humillante posición de simples aspirantes, los países de Europa central y oriental ven cómo se les impone el respeto de normas complejas. Bien es cierto que,

después de la caída del sistema soviético y de una transición económica todavía inacabada, es indispensable que estos países hagan cambios importantes. A lo largo de los últimos años, estos países han conocido, en grados diversos, una recesión económica sin precedentes, con la aparición del paro, la caída de las rentas de una gran parte de su población, así como crecientes desigualdades sociales. Ciertos sectores, sobre todo la pequeña agricultura, siguen siendo particularmente frágiles, y la nostalgia del pasado comunista no deja de surgir como salida a esas desilusiones. Los cambios son, pues, indispensables; la cuestión es saber en qué sentido y a qué ritmo deben hacerse.

En principio, estos países pueden discutir las condiciones de su entrada en la UE, pero en la realidad su margen de negociación es pequeño. Al entusiasmo de los primeros años han sucedido las inquietudes de una adhesión forzada. La “imposición negociada” de las normas europeas, que mostraría una cierta eficacia si llegase a producir cambios en profundidad, puede generar un formalismo administrativo superficial y embarcarnos en un engranaje infernal de sospechas, controles y picaresca, del que nadie saldría beneficiado. Puede también provocar entre los países candidatos un deseo de conformarse a lo que se espera de ellos, actitud sumisa que haría desaprovechar la originalidad de su contribución al destino de Europa.

¿Qué Europa queremos? No puede haber un proyecto compartido sin una conciencia clara de nuestros intereses comunes y sin identificar lo que cada parte puede aportar a ese proyecto.

La Europa que nosotros queremos es un territorio en paz. La construcción europea tuvo como primer objetivo acabar con los conflictos que nacieron en el corazón de Europa y que se extendieron por todo el mundo, para dar paso a una dinámica de concertación y desarrollo. Entre los países beligerantes de las dos guerras mundiales, el enfrentamiento dejó el lugar a la negociación. Hoy todavía, preservar la paz en Europa continúa siendo un objetivo de primer orden. La crisis de los Balcanes ha mostrado nuestra impotencia en tales contextos. La única estrategia eficaz a largo plazo consiste en prevenir este tipo de tensiones. El coste de la ampliación de la UE debe compararse con el precio que tendríamos que pagar para controlar las tensiones políticas y los focos de inestabilidad en caso de que éstos se mantengan.

La Europa que nosotros queremos es un territorio autónomo y ligado al resto del mundo. Diez años después de la caída del muro de Berlín, el mundo

se globaliza y tiende a estructurarse en torno a un único polo. Evidentemente no interesa, ni a Europa ni a otras regiones del mundo, que esta situación se refuerce de modo duradero. Es necesario, por el contrario, que emerja un mundo multipolar alrededor de espacios regionales estructurados en los diferentes continentes. Este equilibrio es, a largo plazo, la condición para un crecimiento mejor distribuido. Es indispensable que estos espacios estén ligados entre ellos por relaciones comerciales y políticas, pero que constituyan al mismo tiempo conjuntos en el seno de los cuales las formas de comercio y las políticas públicas puedan negociarse de manera privilegiada entre partes que se reconocen como tales, es decir como sensiblemente iguales.

En un mundo que se amplía y globaliza, la constitución de un polo europeo fuerte es un seguro de autonomía y estabilidad. Desde este punto de vista, la ampliación de la UE constituye una formidable oportunidad para reforzar la construcción europea y contribuir a la emergencia de un mundo multipolar. En este sentido, acoger a los países candidatos no es hacerles un favor, sino reconocer plenamente su contribución a la consolidación de un proyecto común en Europa.

Agricultura y territorio

El espacio europeo fue concebido justo después de la segunda guerra mundial por países que tenían economías todavía agrarias y cuya autonomía alimentaria constituía una preocupación central. Por este motivo la política agraria común (PAC) se convirtió en el primer eje de la construcción europea, hasta absorber hoy casi la mitad de su presupuesto. Pero el contexto ha cambiado y exige revisar los fundamentos del proyecto europeo. No es causalidad que la ampliación hacia el Este y el dossier agrícola constituyan dos de los principales puntos de discusión sobre el futuro de la UE. Estos dos dossiers, íntimamente ligados, están en el corazón de los cambios que se van a producir en los próximos años.

Los territorios europeos constituyen un vector esencial de la construcción. La ocupación del espacio, las dinámicas demográficas, las relaciones entre la ciudad y el campo, forman parte de nuestro patrimonio, tanto como los paisajes, el medio ambiente natural y nuestra cultura rural. Los territorios, cuadros de vida cotidiana, han sido, y continúan siendo, un elemento incuestionable de la identidad europea. En otros tiempos su gestión estaba

basada en la producción agraria y el aprovechamiento forestal. Estos grandes arquitectos de los paisajes rurales conformaban su fisonomía y definían su uso. Hoy, los usos de los territorios se diversifican y nuevos retos se imponen: el turismo, las actividades de servicios, la protección del medio ambiente, la seguridad alimentaria, el equilibrio demográfico de las regiones... El reparto del presupuesto agrícola y las condiciones de concesión de las ayudas europeas –objeto de discrepancias entre los países miembros de la UE y los países candidatos– ocultan lo que constituye uno de los grandes desafíos de una Europa ampliada: la gestión de un territorio que, con la ampliación, incrementará en un tercio su superficie, y las nuevas cuestiones que derivarán de ahí (la solidaridad entre regiones, el control de los flujos migratorios, las conexiones entre las metrópolis y las zonas rurales, o la creación de actividades nuevas en espacios que se reestructuran). Todo ello hace urgente el debate sobre la política agrícola común con el objeto de abordar reformas profundas.

Como ayer la agricultura, hoy la gestión concertada del territorio y la puesta en marcha de una política de desarrollo rural pueden contribuir a un verdadero debate sobre el proyecto europeo, un debate en el que la contribución de los participantes se encontrará en posición de igualdad porque, en este terreno, la contribución de los países de Europa central y oriental puede revelarse de gran importancia.

Aunque las situaciones nacionales presentan claras diferencias, son numerosas las regiones rurales de los países candidatos a la integración que dan ya buena prueba de un fuerte dinamismo. ¿Cómo estimular el apoyo a las iniciativas locales comprometiéndolas en procesos de desarrollo territorial sostenible? Aunque haya fuertes diferencias entre países según las distintas producciones, las prácticas agrícolas presentan a veces características interesantes por su impacto limitado sobre el medio natural y por insertarse en explotaciones multifuncionales. ¿Cómo asegurar una transición técnica que les permita preservar esas trayectorias respetuosas con el medio ambiente?

Sobre estas cuestiones al menos, el Este y el Oeste de Europa adolecen de la misma necesidad de reflexión. Cada parte sabe que la unificación de los mercados no aportará respuestas suficientes a los desafíos del territorio. Esa unificación debe ser acompañada de una ambiciosa política pública a propósito de la cual debemos comprometernos en una reflexión colectiva. Además la Unión Europea ha emprendido, con la reforma de los fondos estructurales,

la reforma de la política agrícola común de 1992 y la Agenda 2000, un proceso de profunda redefinición de estas políticas y de su papel, que está lejos de haberse concluido.

Construir una Europa de “partenaires”

Nunca se insistirá lo bastante en la importancia del debate social para la puesta en marcha y la coordinación de los actores locales. Hoy, las negociaciones sobre la adhesión de los países candidatos se reducen demasiadas veces a discusiones técnicas entre responsables políticos y la administración de Bruselas. La contribución de los responsables políticos democráticamente elegidos y de los sectores organizados de la sociedad civil debe ser estimulada, y sugerimos hacerlo en un sentido concreto y preciso: iniciando un debate sobre los periodos transitorios que deberán seguir las grandes políticas de la UE, es decir, la política agraria y la política regional.

Este debate debiera ser conducido de modo paritario con los países candidatos de Europa central y oriental. Y su objetivo no debe ser que estos países adopten previamente formas de actuar, sino que contribuyan, a partir de su historia reciente y de sus prioridades actuales, a una reflexión original sobre las dinámicas de desarrollo de los territorios rurales. Hace falta encontrar los medios para pasar de la situación de competir por un presupuesto limitado a la de cooperación para la definición de proyectos compartidos.

Sólo multiplicando las relaciones de intercambio y aceptando poner en cuestión los instrumentos actuales, seremos capaces de comprometernos en una progresiva definición de un futuro posible. Nuestro “deseo de vivir juntos”, inspirado por loables consideraciones tácticas, sólo echará raíces duraderas si se apoya en el respeto recíproco y en una práctica de trabajo concertado.